

# El circo de las sonrisas falsas

*Augusto Godachevich*

*(Siete obras breves y cuatro monólogos)*

Hace veintisiete años que escribo teatro. Hace once años que descubrí el camino hacia el cambio de consciencia. Este es mi primer libro de textos teatrales en donde, todos los textos, fueron escritos luego de haber iniciado mi camino de autoconocimiento. Informo esto, porque notarán que, en las diferentes obras, ya no hay una necesidad de denunciar a los victimarios en el mundo; sino que se encontrarán con la exteriorización de la lucha interna de mi propia mente.

Hoy, siendo consciente, de que lo que me quita la paz no es el mundo, si no mi estado mental, informo que mi obra teatral mutó. Hoy utilizo al teatro para exponer a mi propio ego, a mi propia mente.

Resuenen los que gusten resonar. Disfruten los que puedan disfrutar.

Augusto Godachevich / 2026

Gracias a las personalidades inspiradoras de Ana Julia Vigo,  
Paola Triñanes, Betina Policastro, Julio Bona, Alejandra Marcos  
Costa, María Fernanda Charlotte, Martín Valbuena, Gisela  
Wulbrandt y Luciana Kaseta.

- 01 —Una regadera de mierda (*Dos actores y una actriz*)
- 02 —¡Qué simpática, la gorda! (*Una actriz*)
- 03 —Los pataleos terminan en milagros (*Dos actores*)
- 04 —Llévate las tangas (*Dos actrices*)
- 05 —La fecha con marcador indeleble (*Una actriz*)
- 06 —La persona que vive en mi cuerpo (*Un actor y una actriz*)
- 07 —Chusmerío a destiempo (*Dos actrices*)
- 08 —Esta no es mi cara (*Una actriz*)
- 09 —La mejor actuación de mi vida (*Dos actrices*)
- 10 —El circo de las sonrisas falsas (*Una actriz*)
- 11 —Un diálogo teatral de despedida (*Dos actores*)

Una regadera de mierda

Julio

Carla

Mozo

(Están sentados a la mesa de un restaurante. Sobre la mesa hay sólo dos copas y una botella de vino. Él le sirve primero a ella y luego se sirve él. Brindan).

Julio —(Absolutamente sincero): ¿Te soy sincero? Sos muchísimo más hermosa en persona que en fotos.

Carla —¿En serio? Gracias.

Julio —En serio. Estoy completamente sorprendido.

Carla — (Como haciendo un chiste): Entiendo que es algo que le dirás a todas. ¿No? (A Julio le cambia la expresión de alegre a enojado y después a triste). Julio... ¿Te pasa algo? ¿Te molestó lo que dije?

Julio —Es que ya veo toda la película... (Mientras se sirve una segunda copa).

Carla —¿Qué película?

Julio —Ya veo toda la película, Carla. Siempre es la misma película.

Carla —No entiendo.

Julio —¿Sabés de qué estoy hartó?

Carla —¿De qué?

Julio —De simular que soy algo que no soy. De eso estoy hartó.

Carla —¿Y cómo sos?

Julio —Estoy lleno de mierda.

Carla —No entiendo, Julio.

Julio —Estoy lleno de mierda. ¿Qué cosa no entendés? Me llenaron de mierda. ¿Vos no estás llena de mierda? Yo sí estoy

lleno de mierda. Me llenaron de mierda. Estoy cansado de aparentar que no. Tengo el cuerpo lleno de mierda. Tengo la mente llena de mierda. Tengo el alma llena de mierda. Mi alma levita y chorra mierda. Va salpicando mierda por todos lados. Sí, porque aparte de estar lleno de mierda, estoy todo agujereado. Tengo el corazón agujereado, .... ¿y sabés qué sale por los agujeros?

Carla —¿Mierda?

Julio —¡Exacto! Mierda sale por los agujeros. Mierda. Mi corazón es una regadera de mierda. ¿El tuyo no?

Carla —¿El mío?

Julio —Sí, el tuyo, Carla. Créeme que estoy hartado. Estoy hartado de tanta falsedad. De tanta hipocresía. Te pido disculpas. Sé que es nuestra primera cita. Pero me dijiste que te gustaban los hombres sinceros. ¿Querés que sea sincero? Entonces soy sincero: Yo quiero gustarte. Me gustás, Carla. Me parecés bellísima. Quiero tener sexo con vos.

Carla —¿Podés bajar la voz?

Julio —No puedo bajar la voz, Carla. ¡Quiero tener sexo con vos! ¡Quiero tener hijos con vos!

Carla —¿Hijos?

Julio —Sí, hijos, carajo. Hijos.

Carla —Está bien. Pero... ¿No podés bajar la voz? ¡Por favor!

Julio —¿Querés que sea sincero? No puedo bajar la voz. Este es mi tono sincero. ¡No puedo bajar la voz! (Mirando alrededor) Y si te molesta te pido que te vayas.

Carla —Julio, escuchame... ¿Querés que vayamos a caminar?

Julio —No. Tengo hambre. ¿No veníamos a comer?

Carla —Sí, pero no creo que nos atiendan si seguís levantando la voz así.

Julio — (Preguntándose). ¿Vos decís? (Se para y sale hacia la cocina del restaurante. Se escucha ruido a ollas caídas. Vuelve a entrar). Ahí nos van a servir. Pedí ñoquis con salsa boloñesa.

Carla —¿Pediste por mí?

Julio —Me dijiste que era tu comida preferida... ¿Qué pasa? ¿Cambiaste de comida preferida en un mes?

Carla —No, no. Está bien. Sólo me sorprendió que te hayas acordado.

Julio —¿Te sirvo más vino?

Carla —Bueno.

Julio —Pedí el que me dijiste que te gustaba. ¿O ahora preferís otra cosa?

Carla — (Intentando que se calme). No, está bien.

Julio —Te pido que seas sincera, Carla. Por favor. Sólo te pido que seas sincera. ¿Es mucho pedir?

Carla —Soy sincera.

Julio — (Se para) Mirame, Carla. ¿Qué opinás?

Carla —¿Qué opino de qué?

Julio —De lo que ves. Es la primera vez que nos vemos en persona.

Carla —Pero ya nos habíamos pasado fotos...

Julio —No es lo mismo. Sabés que no es lo mismo. ¿O es lo mismo para vos?

Carla —No, no es lo mismo.

Julio —¿No te pedí que seas sincera?

Carla —Sí, pero...

Julio —Carla, mirame y decime qué opinás con absoluta sinceridad, por favor. (Se arrodilla). Te lo pido de rodillas.

Carla —Parate, Julio.

Julio —No me paro una mierda hasta que seas sincera.

Carla —Me gustás, Julio. Me gustás.

Julio —¿Cuánto te gusto? ¿Del uno al diez cuánto me das?

Carla —¿Del uno al diez?

Julio —Dale, Carla. No quiero perder más tiempo en mi vida. Quiero estar con alguien que me acepte como soy... o prefiero estar solo. Basta de máscaras. Decime cuánto me das.

Carla —No sé... Por ahora... te doy un... seis y medio.

Julio — (Sonríe de alegría). Bravo, Carla. Bravo.

Carla —¿Por qué te pone feliz un puntaje tan bajo?

Julio —Porque es un puntaje sincero. Por eso me pone feliz.

(Entra el mozo con los ñoquis. Julio se para y se sienta).

Carla —¿Te ensuciaste los pantalones?

Julio —No importa. Sólo son pantalones.

Carla —Bueno. (El mozo sirve callado y se va).

Julio —Comamos y vamos viendo.

Carla —¿Qué cosa vamos viendo?

Julio —Si sube o baja el puntaje.

Carla —Ah...

Julio —Quiero que sepas que sos libre de irte cuando quieras.

¿Sabés?

Carla —Sí, ya sé. Está bien.

Julio —No te quedes para no herirme. Prefiero comer sólo las dos porciones de ñoquis. Prefiero comer hasta reventar antes que estar tolerando las miradas de rechazo de otra mujer.

Carla —Me quiero quedar, en serio. Todo esto no me lo esperaba. Pero por ahora me quiero quedar. No soy una mujer que se asuste fácilmente.

Julio —Bueno, genial. Comamos, por favor. (Prueban los ñoquis). Están fríos.

Carla —No sé si fríos, pero calientes no están.

Julio — (Pegando un grito) ¡Están fríos!

Carla —Está bien. Los comemos así.

Julio — (Entra el mozo. Al mozo.) Los ñoquis están fríos.

Mozo —No puede ser.

Julio — (No lo puede creer). ¿No puede ser? Pruebelós.

Mozo—No, no está bien. Ya se los caliente.

Julio —Pruebelós, carajo.

Mozo—¿Usted quiere hacerme echar?

Julio —No, sólo quiero que los pruebe para que se meta su “no puede ser” por el centro del orto. (Carla ríe por lo bajo).

Mozo—Fue una expresión sin pensar.

Julio —Ya veo. Calienteme los ñoquis de una vez.

Mozo— (Llevándose ambos platos). Sí, ya mismo. (Sale).

Julio — (A Carla). ¿Cuántos puntos bajé?

Carla — (Ríe por primera vez). Ninguno. (Tomando su juego con humor): Al contrario. Subiste un punto. Ahora estás en siete cincuenta.

Julio —¡Qué sorpresa!

Carla —Julio... ¿Qué te pasó? ¿Por qué estás así?

Julio —¿Así cómo?

Carla —Tan enojado. Cuando hablábamos por internet no te sentía tan enojado. ¿Te molesta que nos hayamos visto en persona?

Julio —Me molesta haber corroborado que sos tan hermosa.

Carla —¿Te molesta que sea hermosa?

Julio —Sí, porque ahora me va a doler mucho más saber que no va a poder ser.

Carla —¿Y por qué no va a poder ser?

Julio —No va a poder ser por lo que ya te dije. Soy una mierda. Las mujeres no quieren hombres que sean una mierda. Las mujeres quieren hombres que sepan ocultar que son una mierda. Yo podría venir acá y actuar el papel del hombre romántico, interesado, que sabe escuchar... Pero... ¿cuánto duraría? Ya lo experimenté demasiado. Todas te terminan diciendo... “Vos cambiaste”. No, no cambié. Solamente ya no me dan más los brazos para sostener la puerta que esconde a la mierda. Ya no

tengo más baldes para poner debajo de cada agujero que chorrea mierda. ¿Sabés el esfuerzo que hay que hacer para estar midiendo cada palabra, cada acción? “Vos cambiaste”, te dicen. No, yo no cambié. Mi corazón siempre fue una regadera de mierda. Nada más que no quería que te dieras cuenta..., para que me aceptes. Pero ya no más. Prefiero estar solo toda la vida antes que tener que volver a actuar que estoy limpio. No, no estoy limpio. Nunca estuve limpio. Soy una mierda. Estoy lleno de mierda.

Carla —¿A qué te referís con eso de que sos una mierda?

Julio —A eso que pasa cuando la cosa pinta bien... Cuando ya pasaste la etapa de seducción... Ahí baja toda la mierda. Ahí empiezan los miedos: De que se vaya con otro, de que me deje, de que me sea infiel, de dejar de gustarle, de que me sienta poco hombre... De no poderla satisfacer sexualmente... de no poderla proveer... Mierda, mierda, mierda y más mierda.

Carla —Te entiendo.

Julio —¿En serio me entendés?

Carla —Sí, en serio.

Julio —Por eso me duele que seas tan hermosa. Por eso me duele imaginarme junto a vos. Me duele imaginarme que mañana vamos a seguir hablando como si nada. Me duele imaginar que mañana me seguirán llegando tus mensajes. Me duele mucho.

Carla —De alguna forma me hacer sentir alivio lo que me contás.

Julio — (Sorprendido). ¿Alivio?

Carla —¿Te creés que sos el único que pasó por eso? Todos estamos llenos de mierda.

Julio —No lo dudo. Pero yo, al menos, decidí no ocultarla más. Yo no juego más.

Carla —Está bien.

Julio —¿A vos qué te pasó?

Carla —Cuando la relación se pone seria... me escapo.

Julio —¿Cómo que te escapás?

Carla —No soporto que me digan te amo.

Julio — (Ríe). Eso nunca lo había escuchado.

Carla —El día que me miran y me dicen te amo, es el último día que me ven.

Julio — (Sorprendido). ¡A la mierda!

Carla —Mi mamá se quedó con mi papá por amor. Por amor lo tolero todo. Violencia, infidelidades... Todo. No quiero sentir amor por nadie, ni que nadie sienta amor por mí. No quiero.

Julio —Entiendo. Me voy yendo entonces.

Carla — (Ríe). No, pará. No te vayas. ¿Sabés que jamás le confesé esto a nadie? Ni a mis amigas.

Julio —¿No?

Carla —No sé porque me nació contártelo a vos. Me diste ganas de ser sincera. Quiero que nos conozcamos, pero desde la mierda. Desde lo peor de nosotros. Me cansé de estar actuando la supuesta mejor versión de mí misma. ¿Para qué sirve?

Julio —Ser sinceros en paz. ¿Tan difícil puede ser?

Carla —¿Te puedo ser sincera?

Julio —Es todo lo que quiero.

Carla —Por un momento pensé que eras otra persona. No podía creer que fueses el mismo con el que venía hablando hace meses.

Julio —Sólo quiero ser amado por lo que soy. ¿Es mucho pedir? ¿No merezco ser amado por lo que soy?

Carla —Todo dentro mío... grita que no. Que uno no puede ser amado por lo que es. Que hay que satisfacer las expectativas del otro para ser amado. Pero lo digo y no tiene sentido. ¿Cómo uno podría estar en paz... y a la vez estar actuando algo que uno no es?

Julio —¿Querés que probemos y vemos qué pasa?

Carla —Sí, quiero que probemos. Desde la mierda, sin expectativas. Quiero dejarte ser vos y que vos me dejes ser yo. Y si vemos que marcha, bien; y si no, adiós.

Julio —Dale, probemos... (Entra el mozo con los dos ñoquis. Lo sirve y se queda a esperar. Los prueban). A mí me parece que ahora están perfectos.

Carla —A mí también.

Julio — (Al mozo) Están riquísimos.

Carla —¿Qué puntaje le das?

Julio —Nueve cincuenta. ¿Vos?

Carla —Yo le doy un diez.

Julio — (Al mozo) ¿Los quiere probar? (Ambos ríen).

¡Qué simpática, la gorda!

Fabiana

(Entra Fabiana y se mira en el espejo que se encuentra en el escenario).

Fabiana —Del otro lado del espejo... hay un mundo en donde ser gorda no importa. Del otro lado del espejo... hay un mundo en donde las personas se miran a los ojos para saber quiénes son. Del otro lado del espejo hay un mundo en donde no valgo por mi cuerpo. (Confesando): Quiero estar del otro lado del espejo. Les juro que quiero... pero todavía no. Todavía no puedo. Todavía me da miedo que me miren a los ojos. Me da miedo que descubran quién soy detrás de la máscara. (Tocando su imagen en el espejo): Aún necesito el espejo que me muestra la máscara. Aún necesito la máscara que refleja el espejo. Aún espero que la grasa se vaya. Aún espero ser hermosa.

(Decidida): No puedo atravesar el espejo. Todavía no. Aún hay esperanzas. Aún creo que puedo ser feliz de este lado. Voy a poner voluntad una vez más. Voy a poner voluntad hasta q no tenga más voluntad. (Silencio. Mirando el reflejo): Quisiera poder moldear a mi cuerpo como si fuese de barro, moldearlo como si fuese arcilla. Quisiera poder moldear a mi cuerpo para que sea agradable a los ojos de los demás. (Dándose cuenta): Cuando deje de ser gorda voy a poder descansar. Descansar de tener que andar sosteniendo ser graciosa. Al fin descansar. (Recordando reuniones): “¡Qué simpática que es la gorda!” dicen algunos. Y yo ahí sosteniendo la máscara de graciosa porque no logro conseguir la máscara de la belleza. Al menos me tocó una máscara con la cual sociabilizar... “¡Qué graciosa que es la gorda!” dicen otros. Y yo los hago reír. ¿Quieren que

los haga reír? Ningún problema. Es lo mío. Hacer reír es lo mío. Se los juro. (Agotada): Pero no doy más. Ser graciosa cansa. Una no puede ser graciosa todo el día. Por eso puertas adentro descanso de ser graciosa. Puertas adentro soy... (Confesándolo al fin) ...una gorda depresiva. En serio. Así graciosa como me ven... también soy una gorda depresiva que se arrastra para ir al baño. Que descansa de la mirada de los demás tirada en un sillón. La gorda depresiva no es mostrable. Sólo la conoce mi espejo. ¿Quién quisiera verla? ¿Ustedes quisieran verla? Una gorda... y encima depresiva. Imaginen si se supieran que en el fondo soy una gorda depresiva. Por eso no quiero que me miren a los ojos. Se van a dar cuenta de mi tristeza detrás de la risa. Se van a dar cuenta... y ahí sí que me quedo sola para siempre. Por eso aún no puedo pasar del otro lado del espejo. No puedo perder los vínculos que conseguí. (Vuelve a la fiesta): “Que divina que es la gorda, siempre está cuando la necesitan. Siempre de buen humor” se dicen entre ellos. (Silencio) ¿Saben qué? A veces sueño que se me caen todas las máscaras... y las personas me abrazan igual. Por más que soy gorda... no me rechazan. A veces sueño que me aceptan sin tener que hacerlos reír, sin tener que estar cuando no me hace estar. A veces sueño que las máscaras no hacen falta, y que hay un mundo en donde te abrazan y te aceptan por más que estés triste... te abrazan fuerte... y te dejan llorar... te dejan llorar hasta que no quedan lágrimas por llorar. A veces sueño que este mundo ya no te pide que seas otra cosa diferente a lo que sos. ¿Quieren que soñemos juntos? (Los invita a todos los espectadores mirándolos a los ojos). ¿Soñamos juntos?

Los pataleos terminan en milagros

Gustavo

Javier

(En escena se encuentra Gustavo. Está leyendo viejos libretos teatrales impresos en hojas que va sacando de una vieja carpeta marrón. Va leyendo, recordando y riendo. Se escucha el sonido de la cadena del baño. Sale del baño Javier y entra en escena).

Javier —No sabés lo bien que me vino que te hayas mudado tan cerca de mi laburo. Ya puedo seguir viaje más liviano.

Gustavo —(Le contesta siempre sin levantar la vista de las hojas). Me alegra mucho serte de utilidad.

Javier —¡No hay nada como cagar en el baño de un amigo!

Gustavo —¿Sí? No es algo que acostumbre a hacer.

Javier —(Se sienta. Gustavo comienza a ceparle mates, pero sigue leyendo). Cuando quieras te pasás por casa y lo corroborás.

Gustavo —Dale, quedamos en eso.

Javier —Me tomo un par de mates y me voy. Ando a las corridas.

Gustavo —(Hablando de lo que lee). No puedo creer que me hayas traído todo esto.

Javier —El otro día a Lucila le agarró un ataque de limpieza y me obligó a tirar todo lo que ella consideraba que ya no tenía sentido guardar.

Gustavo —(Sorprendido). ¿Ibas a tirar todo esto?

Javier —Sí. Era eso o el divorcio. Cuando se pone a limpiar no hay quien la haga entrar en razón.

Gustavo —Dejalos acá. Están en buenas manos.

Javier — Por eso los traje. (Se pone a ojear algunos).

Gustavo —Esto no se puede tirar. Son para un museo. Me encanta ver el paso del tiempo en cada libreto. Verlos subrayados... los diferentes colores... los dibujos a los costados... (Sigue mirando hoja por hoja. Se cruza con uno que no recordaba. Se sorprende). ¡Uy! (Pasándoselo a Javier). ¿Te acordás de esta obra? ¡Nunca la llegamos a estrenar!

Javier —(Leyendo. Recordando). ¡Sí! ¡Qué frustración! No la estrenamos porque una semana antes de la primera función se bajó Guillermo.

Gustavo —¡La calentura que nos pegamos! (Que no lo recordaba). ¿Fue una semana antes?

Javier —Sí. Ya estábamos en los ensayos generales.

Gustavo —No recordaba que había sido tan cerca del estreno.

Javier —Me acuerdo porque primero me lo dijo a mí. No se animaba a decirlo en el grupo.

Gustavo —¡Qué chico pelotudo!

Javier —¡Muy pelotudo! Pero son las reglas del juego. El teatro es así.

Gustavo —(Ambos siguen leyendo entre mate y mate). ¡Cuántos recuerdos! ¡Estaba espectacular lo que hacíamos!

Javier —¡Completamente! ¡Qué bien que la pasamos!

Gustavo —¿Por qué lo dejamos de hacer?

Javier —Yo que sé. La vida te va llevando para otro lado.

(Piensa). Van apareciendo otras prioridades. No es que uno decida dejar de hacerlo de un día para el otro.

Gustavo —Sí, ya sé. Pero... no me parece correcto.

Javier —(Sorprendido ríe por el uso de la palabra). ¿Correcto?

Gustavo —Sé que no es la palabra. Ya me conocés: sólo pateleo gratuitamente..., como siempre.

Javier —¡Como siempre!

Gustavo —Pero muchas veces los pateleos terminan en milagros.

Javier —Un milagro sería que no patalées.

Gustavo —(Ríe). También es cierto. (Piensa). No sé, hace rato que vengo reflexionado acerca del tiempo. Es algo que ronda en mi cabeza constantemente. (Con los libretos en la mano.

Intentando ponerlo en palabras). “Siento que no importa todo esto que hicimos, pero sí importa haberlo dejado de hacer”.

Javier —Más rebuscado imposible... ¿No?

Gustavo —(Intentando desarrollar su idea). ¿Vos por qué actuabas?

Javier —No sé. Tendría que pensarlo...

Gustavo —¿Por qué decidiste meterte a hacer teatro, en lugar de poner un taller mecánico?

Javier —Debe ser porque amaba ser pobre y pelotudo.

Gustavo —¡Dale, Javi!

Javier —No sé por qué.

Gustavo —¿Te gustaba actuar?

Javier —Sí, me encantaba. Me divertía mucho. Creo que nunca más sentí esa pasión en mi vida. Esa libertad.

Gustavo —Yo siento que en la creación está la eternidad.

Javier —(Sorprendido por la palabra grandilocuente). ¿La eternidad?

Gustavo —¿Te acordás cuando terminábamos de ensayar y vos mirabas la hora y decías... “Boludo... ¿En serio ensayamos tres horas y media? ¡Sentí que desapareció el tiempo!”

Javier —Yo no hablo así.

Gustavo —(Con sarcasmo) Es cierto. Nunca hablaste así. Me confundí con otro actor “medio cabeza” que tuve una vez...

Javier —¡Sos un forro, boludo! (Ríen)

Gustavo —¿Yo un forro?

Javier —Dale, seguí con tu reflexión de falopero existencial.

Gustavo —(Corrigiéndolo). “Pataleo existencial”. Hablá con propiedad.

Javier —Dale, sorete.

Gustavo —¿Pero me vas siguiendo?

Javier —En realidad no me importa seguirte. Te escucho porque sé que es el precio a pagar por usar tu higiénico inodoro y por tomar tus ricos mates.

Gustavo —Entonces cuando vea que estás desconcentrado te tiro uno lavado.

Javier —Serías incapaz.

Gustavo —También es cierto.

Javier — No le darías un mate lavado ni a tu peor enemigo.

Dale, seguí.

Gustavo —No sé... pensaba... Si dejamos de actuar, si dejamos de crear... entonces... ¿nos volvimos prisioneros del tiempo?

Javier —¡Fua! ¡Prisioneros del tiempo! ¡Me encantó! Hagamos una obra y pongámosle así.

Gustavo —¡Una infantil!

Javier —Claro. Así de paso hacemos guita en las vacaciones de invierno.

Gustavo —(Con voz de anunciador). “Los prisioneros del tiempo”. Una comedia existencial que incitará al suicidio de toda su familia.

Javier —Yo quiero hacer del villano. Un rey autoritario que tiene a su pueblo atrapado en una rutina cronometrada... (Repite) “Los prisioneros del tiempo”.

Gustavo —Seguro terminamos plagiando a alguien otra vez.

Javier —¿Te acordás? (Se ríe) ¿Quién iba a pensar que ya existía una obra de teatro llamada “Las aventuras de la tortuga apurada”?

Gustavo —Y uno dándosela de creativo...

Javier —Dale, seguí con la reflexión que no tengo toda la tarde.

Gustavo —Si estás apurado andá. Lo hablamos otro día.

Javier —No, dale que me interesa. Pero andá al punto.

Gustavo —No hay un punto. Sólo estoy reflexionando.

Javier —A ver... Siento que lo que vos querés decir es que..., cuando actuábamos, estábamos existiendo fuera del tiempo...

Gustavo — (Entusiasmado). ¡Esoooo!

Javier —(Entusiasmándose). ¡Estábamos rompiendo las leyes del tiempo!

Gustavo —Después yo soy el falopero...

Javier —¿No querías decir eso?

Gustavo —Sí, quería decir eso; pero sin saber que quería decir eso.

Javier —¿Viste? Me hubieses preguntado a mí que tengo capacidad de síntesis.

Gustavo —¿Estás de acuerdo con lo que digo?

Javier —Sí, totalmente. Es así.

Gustavo —Por eso digo que no importa lo que hicimos. En su momento lo hicimos y vivimos en la eternidad. Y ya está, ya pasó. Pero sí importa dejarlo de hacer, porque nos dejamos atrapar por el tiempo.

Javier —También pasa cuando lees algo que te gusta mucho. De golpe te enganchaste con la lectura y el tiempo voló. Te fuiste de viaje con el creador.

Gustavo —Totalmente. Eso es lo que digo. Es impresionante el poder de la creación.

Javier —Pero, bueno, un envejece... y la vida te va llevando para otro lado.

Gustavo —Sí, eso no lo niego. Sin embargo, no es correcto.

Javier —¿Otra vez con la corrección?

Gustavo —¿Por qué vivir en el tiempo pudiendo vivir en la eternidad?

Javier —Porque tenemos responsabilidades: trabajo, hijos... hay que pagar el alquiler...

Gustavo —Podemos trabajar de crear... crear con nuestros hijos... pagar el alquiler con la creación...

Javier —(Con sarcasmo) ... y vivir debajo de un puente... vestido con bolsas de consorcio... desayunando cartón prensado...

Gustavo —¡Ojo! Te veo actuando ese personaje de linyera. Puede ser el héroe de “Los prisioneros del tiempo”.

Javier —¡Basta de pobreza para mí! Me cansé de crear y después no llegar a fin de mes. ¿Vos realmente tenés tiempo para volver a crear? ¿No me decías que necesitás más alumnos para llegar bien a fin de mes?

Gustavo —Sí, necesito más dinero. Pero también es real que lo suelo gastar en cosas que no necesito.

Javier —Gus... ¡Hay que sobrevivir! Y no se sobrevive creando.

Gustavo —No es correcto.

Javier —¿Otra vez? ¿En serio?

Gustavo —Sí, otra vez. “No es correcto”. Dejame patalear.

Javier —¿Para qué? ¿Para qué te sirve patalear?

Gustavo —Para no conformarme. Para no adormecerme entre rutinas, celulares, televisores... Me sirve patalear para no caer preso de las automatizaciones.

Javier —¡Está bien, pataleá! Te entiendo. Pero hoy es así, es lo que hay.

Gustavo —No me gusta lo que hay. Voy a seguir buscando. Le voy a encontrar la vuelta, con vos o sin vos.

Javier —¿Te diste cuenta que te pusiste muy serio de golpe?

Gustavo —Perdón. Es que... una vez que probaste la eternidad... es difícil seguir como si nada.

Javier —Estás pecando de poético. Vos sabés que no es para tanto.

Gustavo —Sí es para tanto.

Javier —¡Y ponete a crear de vuelta y no hinchés más las pelotas...! ¿Qué te lo impide?

Gustavo —(Se ceba un mate y no lo toma. Lo tiene entre sus manos mientras habla). Sí, me voy a poner a crear. Me cansé de ser atropellado por el tiempo. Me cansé de ver pasar a los días sobreviviendo. Me dejé atrapar como un imbécil. Somos mucho más. Nos dieron el poder de parar al tiempo, nos dieron el poder de crear. ¿Entendés?

Javier —Yo sólo vine a usar tu baño... y me saliste con un manifiesto. ¿Me pasás un mate, por favor?

Gustavo —(No se lo pasa. Lo mira profundamente). ¿Querés crear conmigo?

Javier —¿Yo? ¿Volver a crear?

Gustavo —Sí, vos.

Javier —(No sabe cómo decirle que no). A mí me encantaría. Pero... no me dan los tiempos. Ahora estoy con el tema de las reuniones en el club. Muchas reuniones... Muchos dependen de mí. Si te mostrara lo que es mi agenda... Y con un socio estamos diseñando un par de marcas... ¿Te conté de mi socio?

Gustavo —(Interrumpe). Sí, me contaste. Está bien. No importa.

Javier —Sé que a vos te importa. Te entiendo, pero yo, ahora, lo que es ahora, estoy en otra. Tengo una vida qué mantener...

Gustavo —Te entiendo.

Javier —(Silencio incómodo. Mira el celular): ¡Uy, boludo! Se me fue la hora. Me tenía que encontrar con Lucila hace veinte minutos. (Mirando). Me mandó como diez mensajes. Esperá que le mando un audio. (Se para y graba audio). “Lu, me colgué acá charlando con Gus. Bancame un toque ahí, que ya me tomo un taxi y voy. Nos engolosinamos hablando del arte eterno y se nos pasó el tiempo. Perdón. Ahí voy. Te amo”. (Lo abraza a Gustavo). Tremendos tus mates, como siempre.

Gustavo —(Sin mirarlo). No creo que nos volvamos a ver.

Javier —(Que cree haber escuchado mal). ¿Cómo? No entendí.  
Gustavo —Que no creo que nos volvamos a ver. Me voy a bajar del tiempo.  
Javier —¿Del tiempo?  
Gustavo —Sí, como si fuese un tren. Me bajo. No creo que vuelva a subirme.  
Javier —Claramente es una metáfora. (Gustavo no responde). ¿Te vas quedar a vivir en el andén?  
Gustavo —Algo así.  
Javier —Bueno.... pero... ver nos vamos a seguir viendo... Si no volvés a subir, bajaré yo un rato a visitarte.  
Gustavo —¿Realmente creés que podrás bajar?  
Javier —¿Si podré bajar? (No sabe qué responder. Lo llaman al celular. Atiende). “Lu. ¿Escuchaste el audio que te mandé? Sí, ya estoy saliendo. No, todavía no salí. Estaba en eso. Estoy saludando a Gus. Sí, sí, ahí voy”. (Corta). Concha de la lora. ¡Qué mina! (Le da otro abrazo). Nos vemos, querido. Suerte con lo tuyo. Después me contás. ¿Sí? (No le contesta) ¿Vas a estar bien?  
Gustavo —Mejor que nunca.  
Javier —Mejor así. Me rajo que me esperan. Y más tarde tengo una reunión. Cualquier cosa mensajeame que cuando pueda te contesto. ¡Éxitos en el andén! (Sale y cierra la puerta. Gustavo se queda con una inmensa paz. Respira con profundidad. Se da cuenta que tiene el mate aún entre las manos. Lo mira. Sonríe y respira durante unos segundos. Exhala. Apagón)

Llévate las tangas

Ella (Alejandra)

La otra (La voz interior de Alejandra personificada en una amiga consejera)

(Habitación. Mesa de luz con velador y portarretrato de pareja feliz de vacaciones. Cama matrimonial tendida a la perfección. Ella está sentada en la punta de la cama mirando al piso entristecida. Entra la otra y la observa):

La otra —¿Otra vez?

Ella —(Levantando la vista): Esta vez te juro que creí que iba a funcionar...

La otra —¿Por qué iba a funcionar esta vez?

Ella —No sé. Esta vez me miró a los ojos y me dijo que no iba a volver a pasar.

La otra —Y volvió a pasar.

Ella —Sí, volvió a pasar. Por más que me miró a los ojos.

La otra —(Se sienta junto a ella): No se puede confiar ni en los ojos.

Ella —No se puede confiar en nadie.

La otra —En nadie.

Ella —Me dejó el celular ahí, arriba de la mesa.

La otra —Y vos lo revisaste.

Ella —Sí, no sé por qué lo hice. La inercia...

La otra — Nunca está de más revisar. Por si los ojos fallan.

Ella —(Se levanta y comienza a caminar por la habitación).

Exacto. Por si los ojos fallan. No creí que pudieran fallar...

La otra —Pero por si acaso...

Ella —Nunca está demás.

La otra —Nunca está demás.

Ella —Y ahí estaba la foto... con el mensaje.  
La otra —La foto de la mujer en tanga.  
Ella — Sí. La foto de la mujer en tanga.  
La otra —La pudo haber borrado.  
Ella —Pero no la borró.  
La otra —Pero la pudo haber borrado.  
Ella —No tiene mejor cuerpo que el mío.  
La otra —No, para nada. Vos estás mucho mejor.  
Ella —(Se acerca al espejo de la habitación): Yo estoy mucho mejor.  
La otra —(Parándose y mirando su imagen en el espejo): Mucho más tonificada.  
Ella —Ella está más fofa, más blanda.  
La otra —Pero tiene sexo con ella.  
Ella —Es que... yo ya soy de su propiedad... A mí ya me sedujo.  
La otra —Hace años.  
Ella —(Vuelve a sentarse derrotada): Y él necesita conquistar.  
La otra —Sentirse hombre.  
Ella —Es hombre. Necesita conquistar.  
La otra —Por más que rompa a la familia.  
Ella —Necesita conquistar.  
La otra —Por más que tenga dos hijos.  
Ella —Necesita conquistar.  
La otra —Necesita sentirse hombre.  
Ella —Pero después vuelve llorando.  
La otra —Pidiendo disculpas.  
Ella —Pidiendo disculpas.  
La otra —Sintiéndose un niño.  
Ella —A que la mamá lo perdone.  
La otra —Y la mamá lo perdona.  
Ella —Una madre siempre perdona.

La otra —“Te perdono, no llores más”.

Ella —“Te perdono. Basta, ya pasó”.

La otra —“Sí, te creo”.

Ella —“No volverá a pasar, ya sé”.

La otra —“Mamá te perdona”.

Ella —(Dándose cuenta. Parándose): Pero yo no soy su mamá.

La otra —¿Quién sos?

Ella —Soy la esposa. Y merezco sentirme amada.

La otra —Sí, no tenés nada que envidiarle a esa.

Ella —Nada. Las tangas me quedan mucho mejor.

La otra —Muy cierto.

Ella —Merezco respeto. Esta vez no lo voy a perdonar.

La otra —¿No lo vas a perdonar?

Ella —Esta vez... creo que... no lo voy a perdonar.

La otra —Bueno, si vos lo decís...

Ella —¿No me creés?

La otra — Si vos lo decís...

Ella —¿Tan poco valgo?!

La otra —No valés nada.

Ella —Bueno, tampoco me digas así.

La otra —Sólo te digo lo que querés escuchar.

Ella —Pero quisiera que me digas algo más

La otra — Y si no valés nada.

Ella —Necesito escuchar otra cosa.

La otra —¿Cómo qué?

Ella —No sé. Convenceme.

La otra —¿De qué?

Ella —Convenceme de que lo deje.

La otra —Ya te convencí todas las veces anteriores.

Ella —Es cierto.

La otra —¿Y para qué sirvió?

Ella —Para nada. Es que no se puede confiar ni en los ojos.

La otra —Ni en los ojos.  
Ella —¿Y qué hago?  
La otra —Probemos algo nuevo.  
Ella —¿Dejarlo?  
La otra —Dejarlo en serio.  
Ella —¿Dejarlo en serio? (Piensa). Eso sí que sería nuevo.  
La otra —Sí.  
Ella —Pero él sólo no va a poder...  
La otra —Siempre habrá una cornuda que lo tolere.  
Ella —Tampoco me digás así.  
La otra —Perdón. Siempre habrá una buena mujer que lo tolere.  
Ella —(Vencida): Está bien, lo acepto. Soy una cornuda.  
La otra —Tampoco te digás así.  
Ella —¿Estás en graciosa?  
La otra —¿Estás lista para salir?  
Ella —Tengo miedo.  
La otra —Todos tenemos miedo. Pero no por eso vamos a vivir paralizados toda la vida.  
Ella —Es tan cómodo vivir paralizado...  
La otra —¿Estás segura que vivir paralizada es vivir?  
Ella —(Silencio) Me voy.  
La otra —Llévate las tangas.  
Ella —Claro, él no las merece.  
La otra —Y dejá la máscara.  
Ella —¿La máscara?  
La otra —Sí, la máscara.  
Ella —Y sí... ¿No? Por si su próxima esposa la necesita.  
La otra —Hay que ser generosa.  
Ella —Está bien. Dejo la máscara.  
La otra —¿Estás segura que ya no querés ser más su mamá?  
Ella —Me da pena abandonarlo... pero es tiempo de seguir.  
La otra —Es tiempo de seguir.

Ella —Gracias por todo.

La otra —Nada que agradecer.

Ella —Perdón por no haberte escuchado tantos años.

La otra —Tenías miedo.

Ella —Ya no tengo miedo.

La otra —Ya no tenés “tanto” miedo.

Ella —Ya no tengo “tanto” miedo.

La otra —Era hora de que te sinceres.

Ella —Sí. Gracias por la charla.

La otra —¿Te ayudo a hacer las valijas? (Apagón)

## La fecha con marcador indeleble

Carmen

(Está sentada tomando mates sola en su departamento.

Carmen —Hola... ¿cómo estás? Me dijo mamá que te estás muriendo. Que no te queda mucho. No supo decirme cuánto te queda de vida, pero me dijo que no puede ser mucho. Realmente me dio mucha alegría la noticia. Qué bueno que ya te mueras. Obviamente, una vez más, no tuviste el valor de llamarme. No me extraña en lo más mínimo. (Aclarando): Quiero que sepas que, si me molesto en mandarte este mensaje, es porque necesito saber con mayor exactitud cuánto te queda de vida. No es de morbosa. Tampoco creas que me interesa ir al hospital a visitarte, ni darte un último abrazo. Seguramente los hijos que sí reconociste estarán ahí dándote la mano hasta el último momento. ¿Sabés por qué te llamo? Te llamo porque, mi estúpida mente, aún, por momentos, algunos días, se despierta a la mañana diciendo: “¿Y si hoy te llama? ¿Y si hoy es el día en que se arrepiente de no haberte reconocido, ni valorado, ni aceptado y te llama?”. Sí, ya sé que soy una estúpida que no me da la cabeza. ¿Así fue que le dijiste a mamá cuando decidió tenerme igual? ¿no? “Mabel, sos una estúpida que no te da la cabeza”. ¿Así fue que le dijiste? ¿no? ¡Qué tipo simpático! Sé que te enteraste que, el año pasado, terminé la carrera de odontología. Fue ahí que la voz en la mente se intensificó bastante: “Te va a llamar para felicitarte, te recibiste de odontóloga. Lo que él siempre quiso”. Pero no, no llamaste. Sin embargo, la voz en la mente no se calla. “Ahora que sos profesional va a llamarte y comenzarán a tener una relación. Sostené la máscara un poco más que ya lo convencés”. La voz no se calla. Así que, como te imaginarás, enterarme de que te

morís..., de que al fin te morís, es una noticia. Es la noticia del año. No veo la hora de que estés bajo tierra, callado para siempre, para que al fin desaparezca esa vocecita de mi mente, para que se caiga la máscara de una vez. Para que desaparezca de una vez por todas la esperanza de ese llamado que sé que nunca llegará. Porque parece que no lo merezco... Porque soy sólo de mamá... Porque ella decidió tenerme en contra de la voluntad del Señor. En fin, me estoy yendo por las ramas. Lo que quiero pedirte es que, apenas puedas, le avises a mamá, lo más específicamente posible, cuándo te estarías muriendo. Así pongo en el calendario la fecha, bien grande, con marcador indeleble, y dibujo corazoncitos alrededor. (Suspira aliviada de haber dicho todo): Eso es todo. No te quito más tiempo, no te quito más segundos de vida. Perdón por nacer, perdón por existir. Feliz metástasis, hijo de puta.

La persona que vive en mi cuerpo

Lucrecia

Nicolás (Nacho)

(Escena de bar. Lucrecia está esperando. Él llega)

Lucrecia —(Se para para saludarlo) ¿Qué hacés vestido así, Nacho? Nunca te había visto con traje. (Enamorada): Te queda hermoso.

Nicolás —Sentate, por favor.

Lucrecia —¿Pedimos algo?

Nicolás —No, no. Quiero decirte lo que vine a decirte y me voy.

Lucrecia —¿Ya te vas?

Nicolás —Sí, charlamos y me voy.

Lucrecia —¿Qué pasa que estás tan extraño?

Nicolás —Es que... tengo que decirte algo...

Lucrecia —¿Qué? Habla de una vez, Nacho. Por favor.

Nicolás —Es que... Yo no soy Nacho.

Lucrecia —¿Eh?

Nicolás —Me llamo Nicolás.

Lucrecia —¿Nicolás? (Riendo) ¿Cómo?

Nicolás —Nacho... es la persona... que usa mi cuerpo para estar con vos.

Lucrecia — (No sabe cómo reaccionar. Ríe por lo bajo) ¿Qué usa tu cuerpo?

Nicolás —Sí, mi cuerpo.

Lucrecia —¿Estás drogado?

Nicolás —No. No estoy drogado. Ese es el tema, precisamente.

Lucrecia —No entiendo. ¿Qué tema?

Nicolás —Cuando estoy drogado se apodera de mi otra persona.

Lucrecia —Nacho, me estás asustando...

Nicolás —Ya te expliqué que no soy Nacho. Me llamo Nicolás.  
Lucrecia —Como broma ya perdió la gracia. ¿Qué es lo que te pasa? Si me querés dejar decimeló sin tanto delirio. ¿Te pensás que te voy a rogar? ¿Te pensás que es la primera vez que alguien me deja?  
Nicolás —Ese es el tema. Él no te quiere dejar.  
Lucrecia —¿Él no me quiere dejar?  
Nicolás —Nacho no te quiere dejar. Tenía planeado pedirte que se vayan a vivir juntos.  
Lucrecia —¿Juntos?  
Nicolás —Sí, quería mudarse con vos.  
Lucrecia —¿Nacho quería mudarse a mi departamento?  
Nicolás —Sí, se... enamoró de vos. Quiere vivir con vos.  
Lucrecia — (Ella no sabe si alegrarse o asustarse) Entiendo...  
Nicolás —¿Vos estás enamorada de él?  
Lucrecia — (Ella no sabe qué responder). No sé si estoy enamorada...  
Nicolás —Pero hubieses aprobado que se vaya a vivir con vos.  
Lucrecia —¿Vivir juntos?  
Nicolás —Sí.  
Lucrecia —Sí. Creo que sí. Al menos lo hubiese intentado. Creo que hubiese podido funcionar.  
Nicolás — (Culpable, odiándose). Te pido mil disculpas. Soy un adicto de mierda. Pero se acabó. Me voy a internar para no tener que volver a drogarme.  
Lucrecia —¿Y Nacho?  
Nicolás —Nacho no va a volver más. Eso venía a decirte...  
Lucrecia —No me podés decir eso...  
Nicolás —Mejor decirlo ahora que después.  
Lucrecia —¿Pero no puedo ni despedirme? Por lo menos dame eso.

Nicolás —No puedo. Te juro que no puedo. No puedo permitir que vuelva a pasar. Por mis hijos.

Lucrecia —¿Hijos? ¿Tenés hijos?

Nicolás —Sí, tengo dos hijos. Estoy casado. Soy abogado.

Lucrecia —¿Vos me estás jodiendo? ¿Abogado?

Nicolás — (Saca una foto de la billetera) Mirá, esos son mis hijos.

Lucrecia —Esto se puede hacer con una aplicación de celular.

Nicolás —Son mis hijos. Y esta es mi esposa. Se llama Liliana.

Lucrecia —¿Ella sabe lo de... Nacho?

Nicolás —No. Como hago muchos viajes y tengo muchas reuniones siempre tuve buenas excusas. Y ella no pregunta. Lo tiene todo. No puede permitirse andar preguntando.

Lucrecia —Dos hijos y una esposa.

Nicolás —Yo no debería drogarme, pero es tanta la responsabilidad. Vos no me podés entender...

Lucrecia — (Interrumpiendo) Sí, yo estoy enamorada de Nacho.

Nicolás — (Silencio) Perdoname. No fue mi intención. Te pido que entiendas que estás enamorada de una ilusión. De alguien que no existe.

Lucrecia —¿Y si el que no existe sos vos? Quizá Nacho es real y vos sos falso.

Nicolás —Él necesita de la droga para existir, yo no.

Lucrecia —Quizá la droga te permite sacar lo que realmente sos, lo que realmente deseás.

Nicolás —No es así...

Lucrecia —Nachó es muy feliz conmigo. ¿Sabés? Hacemos el amor, escuchamos música, cocinamos juntos, nos reímos...

¿Sabías que le estoy enseñando a tocar la guitarra?

Nicolás —Él no es real.

Lucrecia —¡Vos no sos real!

Nicolás —Claro que soy real. Tengo un trabajo, una esposa, hijos...

Lucrecia —¿Y cómo te va con eso? ¿Eh?

Nicolás —Me va muy bien. Estamos muy bien económicamente...

Lucrecia —¿Sos feliz?

Nicolás —Te dije que me va muy bien.

Lucrecia —Te pregunté si sos feliz, cagón.

Nicolás —Eso es secundario.

Lucrecia —Si fuese secundario Nacho no tomaría poder sobre tu cuerpo. Si fuese secundario no necesitarías drogarte.

Nicolás —Te voy a mostrar que no es así. Voy a lograrlo. Me voy a internar.

Lucrecia —No vas a poder. Vas a fracasar. No lo vas a poder sostener. Y cuando no des más, Nacho volverá. Y yo voy a estar acá esperandoló.

Nicolás —¿Cómo podés conformarte con Nacho? ¿Cómo podés conformarte con medio hombre?

Lucrecia —Siempre me enamoro de monstruos.

Nicolás —Nacho no es un monstruo.

Lucrecia —Sí, lo es. Nacho es un monstruo. Es todo lo que te dijeron que está mal ser. Pero te nace serlo igual. Y no lo podés frenar. Porque forma parte de vos. No es algo que puedas extirpar como a un tumor.

Lucrecia —¿Y por eso es un monstruo?

Lucrecia —De niña me dijeron que era un monstruo. Que era todo lo que estaba mal. Y nada de lo que hice en la vida me sacó de eso. Lo intenté con todas mis fuerzas y nada me sacó de eso. Hiciera lo que hiciera era un monstruo. Así que lo acepté.

Nicolás —Qué triste. No sabía.

Lucrecia —No quiero tu tristeza, idiota.

Nicolás —Perdoname.

Lucrecia —Por eso me enamoro de monstruos. Porque en ellos me puedo ver. En ellos puede descansar de no estar tan sola. Pero al otro día amanece y estos hombres monstruos se humanizan y vuelven a su hogar, vuelven a insertarse en la sociedad. Con jardines, niños, esposas e hipotecas. Fines de semana con asado y amigos. Vuelven a sus logros y a sus aplausos.

Nicolás —Y vos volvés a tu soledad.

Lucrecia —Soledad a medias. Porque sé que esa falsedad no se puede sostener por demasiado tiempo. Y cuando vuelven a caer... ahí estoy yo.

Nicolás —Sé que es feliz con vos. Sé que Nacho es feliz con vos. Lo acepto.

Lucrecia —Dejalo ser.

Nicolás —No puedo, perdoname, pero no puedo. Me costó mucho tener mi vida. No la puedo perder por vos.

Lucrecia — (Ríe) Yo sólo soy un espejo. Podés mirarte en mí y reconocerte, o negar al monstruo que te muestro... y salir corriendo.

Nicolás —Me voy.

Lucrecia —Andate de una vez. (Comienza a irse. Se frena a mitad de camino. Se larga a llorar. Ella se para y lo abraza por la espalda) Te voy a extrañar muchísimo.

Nicolás —Perdoname, Lucrecia. Perdoname por todo.

Lucrecia —Andate. Aún no estás listo.

Nicolás —No quiero dejarte sola. En serio.

Lucrecia —Jamás estoy sola. El mundo está lleno de monstruos. (Mira a las personas del público. Él sale del bar caminando derrotado. Apagón).

## Chusmerío a destiempo

Clara

Brenda

(Dos mesas enfrentadas. Dos computadoras abiertas. En una está sentada Brenda esperando ansiosa que se conecte Clara. Entra Clara a escena. Estaba lavando los platos. Se seca las manos con el repasador y se lo cuelga al hombro. Está fastidiada por tener que iniciar video-llamada con su amiga).

Clara —(Abre sesión de video-llamada. Sonríe forzosamente):

¿Qué hacés, nena? ¿Qué contás? ¿Qué pasó que era tan urgente?

Brenda —(Emocionada): ¡Tengo noticias!

Clara —¡Uy, cagamos!

Brenda —No digas así.

Clara —Dale, largá el chusmerío.

Brenda —Siempre yendo al punto.

Clara —Y sí, tengo que cocinar.

Brenda —Sos una arrastrada. Que cocine tu marido.

Clara —Cortala con tu feminismo de dos mangos, por favor.

Brenda —Ay, perdón.

Clara —Dale, largá el chusmerío de una vez.

Brenda —No lo vas a poder creer.

Clara —¿Otra vez te besaste con una mujer para ver si sos torta?

Brenda —No. Ya me alcanzó con aquella vez. Fue asqueroso.

Clara —¿Y entonces? Dale, largá.

Brenda —Ernesto.

Clara —¿Tu ex?

Brenda —El mismo.

Clara —¿Volviste con Ernesto? ¿Esa es la novedad? Si volvés, al menos, tres veces por mes.

Brenda —No, no es eso. Ernesto está con otra.

Clara —Me alegro por Ernesto. Te lo sacaste de encima.

¿Después nos juntamos a festejar?

Brenda —Escuchame, boluda. El tema no es ese. El tema es “quién es la otra”.

Clara —¿Quién es la otra?

Brenda —Marcela.

Clara —¿Marcela? ¿Cuál Marcela?

Brenda —Nuestra Marcela.

Clara —¿Marcela Policastro?

Brenda —La misma.

Clara —No puede ser.

Brenda —Pero es.

Clara —Marcela siempre lo odió a Ernesto.

Brenda —Parece que pasó del odio al amor.

Clara —¿Qué extraño! Me hubiese contado.

Brenda —¿Cuándo se vieron?

Clara —Ayer en el supermercado. No me dijo nada.

Brenda —Mandale un mensaje.

Clara —¿Ahora?

Brenda —Sí, ponle algo así como... “Hoy hablé con Clau y me contó novedades”. A ver qué dice esa arpía.

Clara —No me voy a prestar a semejante boludez.

Brenda —Ay, mirala. No se va a prestar...

Clara —Ya fue. Si está con Ernesto está con Ernesto. Mejor para vos. Buscate a otro.

Brenda —¿Cómo podés decir eso? Hace años que estoy con Ernesto.

Clara —¿A qué le llamás estar? ¿Ir y venir mientras te acostás con mil tipos más?

Brenda —Ninguna relación es color de rosa. Ni siquiera la tuya.

Clara —Lo de Ernesto nunca fue una relación. Dejate de joder y aprovecharé la situación para cortarla de una vez.

Brenda —No voy a cortar nada. ¿Vos me estás jodiendo? ¿Vos sos mi amiga?

Clara —Claro que soy tu amiga, pelotuda de mierda. Por eso te digo que la cortes y dejés ser felices a los demás.

Brenda —¿Felices? ¿Ernesto me pertenece?

Clara —¿Me pertenece?

Brenda —Ernesto es mío. Nunca va a dejar de ser mío. Siempre lo tuve a mis pies.

Clara —Uh, estás más loca que una cabra... Me voy a cocinar.

Brenda —Vos ya sabías lo de Marcela y Ernesto... ¿no?

Clara —(Respira) Sí, claro que lo sabía, nena.

Brenda —Y no me contaste nada, perra traicionera.

Clara —¿Para qué te iba a contar? ¿Para escuchar las boludeces que estás diciendo ahora? Traté de dilatarlo lo más que pude.

Pero me alegra que se haya terminado.

Brenda —No quiero saber más nada con vos...

Clara — ... y no sabés la alegría que me das.

Brenda —¡Ah, sos una perra hija de mil putas!

Clara —Sí, es lo mío. Así me dice mi marido. “Che, perra hija de mil putas... ¿qué comemos hoy?”

Brenda —Se te cayó la máscara. Perra, mala amiga.

Clara —Sí, lo que digas. Me voy a cocinar.

Brenda —¿Invitaste a comer a Marcela y su nuevo novio?

Clara —No, pero me parece buena idea. El fin de semana organizo algo y te mando foto de los cuatro.

Brenda —Ya vas a ver. Esto no va a quedar así. Falsa hija de puta.

Clara —Sí, sí. Hasta luego. (Baja la pantalla. Saliendo de escena): ¡Por fin me la saqué de encima!

Brenda —¿Cortaste? ¿Cortaste, hija de puta? ¡Hola! ¡Hola!  
(Golpeando la mesa) ¡Esto no va a quedar así, perra!

Esta cara no es mi cara

Fátima

(Entra Fátima sonriendo y se dirige al público).

Fátima —¿Ven esta cara? Bueno, no es mi cara; la uso, pero no es mía. En serio, les juro... No es mía. Parece mía, pero no lo es. Es que hace tanto que la uso que parece que fuese mía de toda la vida. Pero, créanme, no lo es. Llegó el momento de confesarlo. Al fin. Después de tantos años, llegó el momento. Esta no es mi cara. No es mi cara. ¿De dónde la saque? Me la regalaron. Me la regalaron para navidad cuando era pequeña. En serio les digo. Mi abuela me la regaló. Mi abuela siempre estaba enferma. Esa navidad me había regalado una bicicleta. Y cuando abrí el paquete, y descubrí el regalo, no lo podía creer. Siempre había querido una bicicleta; y me abuela me la regaló. Mi abuela me regaló la bicicleta que siempre había querido. Y cuando sonreí al ver mi regalo, todos sonrieron también. Como una ola expansiva. Se pusieron felices al ver mi cara de alegría... mi cara de felicidad. Y ahí fue que comprendí que, si yo sonreía, los demás también se ponían felices. Mi abuela, que siempre estaba enferma, cuando yo sonreía, parecía menos enferma. Mucho menos enferma. En serio. Y me decía “Qué sonrisa hermosa que tiene mi nieta”. Y yo brillaba para ella. Y no era la única que se ponía feliz. Mi mamá, cuando yo sonreía, también se ponía feliz. Seguro que pensaba que era una buena madre porque estaba criando a una niña feliz. Una niña que sonreía. Seguro que pensaba: “Hago bien mi trabajo, mi hija sonrío, lo logré”. Pero yo no era feliz. Ella nunca hizo bien su trabajo. Estaba muy ocupada. Me daba pena mi familia. Siempre luchando, sacrificándose... ¡Cuánta amargura! Merecían un poco de

felicidad. Y yo se las daba. ¿Está mal? ¿Hice mal? ¿Hice mal en actuar mi sonrisa? Mi madre se murió el mes pasado, mi abuela está muerta hace años ya. Ambas murieron enfermas... sufriendo... Mi sonrisa no las pudo salvar. (Silencio) Mi sonrisa no las pudo salvar. Quizá si hubiese sido más sincera... una sonrisa un poco más sincera... ¿Se notará cuando una sonrisa no es sincera? ¿Cuándo no sale del corazón? ¿Tendré una verdadera cara detrás de esta sonrisa? Sonreí durante tantos años que ya no sabría decirles cuál es mi verdadera cara. Mis amigas dicen que tengo una sonrisa hermosa. ¿Dejaré de tener amigas si dejo de sonreír? Me da miedo saber qué hay detrás de esta cara, detrás de esta máscara... ¿A ustedes no les da miedo saber quiénes son detrás de la máscara? ¿Habrà otra máscara detrás de la máscara? (De a poco deja de sonreír y se pone a llorar).

La mejor actuación de mi vida

Érica

Gala

(Gala llega a la casa de Érica sin previo aviso)

Érica —Vení, pasá.

Gala —¿Tomamos unos mates?

Érica —Eh... Bueno, dale. Sentate que pongo la pava.

Gala —(Pasa, se quita el abrigo, la cartera y se sienta): ¿Vos tenías algo que hacer?

Érica —(Desde afuera) ¿Qué?

Gala —Si tenías algo que hacer... No me gusta caer así de improviso.

Érica —(Entrando). Mirá... Me agarraste justo. Estaba por salir a comprar algo para hacer la cena de esta noche. Los chicos se quedaron a dormir en lo de los abuelos. (Apoya las cosas del mate sobre la mesa).

Gala — (Mirando la hora en el celular) ¿Y te queda tiempo?

Érica —Y..., no sé. Tomamos un par de mates y salgo.

Gala —De última harás una polenta.

Érica —Sí, puede ser.

Gala —Yo en realidad te venía a dejar las entradas. (Saca de la cartera dos entradas). Tomá, para vos y para Fabio.

Érica —Ah, gracias. ¿Cuánto sería?

Gala —(Poner el monto acorde al precio de la entrada en la época en la que se realice la escena): Cuarenta.

Érica —No sé si llego ahora.

Gala —¿Cuánto tenés?

Érica —Eh... No sé.

Gala —¿Cómo que no sabés? Fijate.

Érica —Algo tengo... Pero tengo que comprar la comida. Yo después te alcanzo la plata cuando venga Fabio.

Gala —Sí, dale... Pero acordate.

Érica —Sí, claro que me acuerdo. ¿Cuándo es la función?

Gala —Mañana a las veinte treinta.

Érica —¿Mañana?

Gala —Sí... ¿por qué?

Érica —Pensé que estrenabas el fin de semana que viene.

Gala —Es que iba a ser el que viene. Pero al final la función estreno se hace mañana.

Érica —Vos sabés que no sé si vamos a poder mañana. Yo ya le había dicho a Fabio que era el fin de semana que viene.

Gala —No me vas a decir que no vas...

Érica —No, no digo que no vamos. Lo que te digo es que no sé. Dejame hablar con Fabio.

Gala —De última venís sola. Tampoco tenés que ir con él a todos lados.

Érica —Sí, sí, ya sé. Es que me gusta salir con él. A él también le gusta el teatro.

Gala —Sí, claro. Él es muy instruido.

Érica —¿Qué querés decir?

Gala —Nada, un chiste que te hago. Como él se la pasa con el fútbol.

Érica —Una cosa no quita la otra...

Gala —Sí, sí, claro. Bueno, los espero mañana entonces.

Érica —Dale, yo más tarde hablo y te mando un mensaje.

Gala —¿Y el agua para el mate?

Érica —Ya debe haber hervido. (Se levanta y la sale a buscar).

Gala —¡Qué cabeza!

Érica — (Desde afuera) ¿Vos cómo estás con el asunto del estreno?

Gala —Muy nerviosa. Anoche ni dormí. Y eso que está todo ensayado. Los ensayos generales fueron espectaculares. El director está muy conforme. Anoche me pasó un video de uno de los ensayos. Realmente quedé admirada. Sé que soy buena actriz..., pero anoche me sorprendí. Me dije “¿Esa soy yo?”

Érica —(Entrando) ¡Qué bien! ¿Me decís la hora?

Gala —Son las 20.30

Érica —Ay, me va a cerrar el almacén.

Gala —¿No te fijaste si tenías polenta?

Érica —A Fabio no le gusta mucho la polenta.

Gala —No se va a morir por una vez que coma polenta.

Érica —No, claro.

Gala —Que no se acostumbre a que le vas a dar siempre todos los gustos.

Érica —¿Vos decís?

Gala —No cualquiera se merece mujeres como nosotras.

Érica —¿Estás saliendo con alguien?

Gala —Saliendo, saliendo, no...

Érica —¿Y cómo sería eso?

Gala —Estoy acostandomé con el director de la obra.

Érica —Pero... ¿no es casado?

Gala —Sí, pero la esposa es una infeliz.

Érica —Ah, claro.

Gala —Sí, parece ser que desde que se transformó en madre se olvidó del marido. Y él, viste, sexo quiere tener... Y si la esposa no quiere...

Érica —Claro, vos aprovechás.

Gala —No es que aproveche. Yo sé que no merezco un tipo casado. Pero mientras aparece el indicado... Por lo menos me mantengo activa.

Érica —¿Cuántos hijos tienen?

Gala —Cuatro.

Érica —¡Mirá qué bien! (Llega un mensaje de audio a su teléfono. Es Fabio) “Mensaje de Fabio: Hola amor. ¿Cómo va todo por ahí? En un rato estoy. Ya compré un vino para la cena de esta noche. Acordate que mañana a la noche es el cumpleaños de mi hermano. Después vemos si le salimos a comprar algo al mediodía. Bueno, te amo. En un rato nos vemos. Ya me estoy haciendo lugar para la lasaña. Besos”.

Gala —Me imagino que no vas a ir al cumpleaños de tu cuñado.

Érica —Me había olvidado.

Gala —Por favor, Érica, no podés faltar al estreno. Te necesito ahí.

Érica —Dejame hablar con Fabio.

Gala —Basta con Fabio. Me tenés harta con Fabio.

Érica —Es mi marido, Gala.

Gala —Y yo soy tu amiga. Tú mejor amiga. Desde que éramos chicas. Desde antes que lo conozcas a Fabio.

Érica —Sí, ya sé. Escuchame una cosa... (Se para). Si querés quedate, yo voy hasta el almacén antes que cierre y vuelvo y seguimos hablando.

Gala —No, no, no hace falta. Entiendo muy bien cuando me están echando. (Comienza a prepararse para irse).

Érica —No te estoy echando. Te estoy diciendo que voy hasta el almacén.

Gala —No te preocupes que entiendo muy bien tus indirectas.

Érica —¿Qué estás diciendo, Gala?

Gala—Nada, nada. Vos tranquila. Nos vemos mañana.

(Comienza a irse)

Érica —Sí, andá... Después nos vemos.

Gala —¿Cómo después nos vemos? ¿Vas mañana o no?

Érica —Quedé que después te aviso.

Gala —¿No podés mandarle un mensaje a Fabio ahora?

Érica —Es algo que prefiero que hablemos a solas.

Gala —Él no se va a enterar que estoy acá. Yo hago silencio.

Érica —Prefiero que no.

Gala —(Dándose cuenta): Vos mañana no vas a ir. Te conozco. Te estás haciendo la boluda. Sé sincera.

Érica —(Sin mirarla) Está bien. ¿Querés que sea sincera?

Mañana no voy a ir. No vamos a ir. ¿Estás contenta?

Gala —(Se frena) ¿Cómo?

Érica —Eso, que mañana no vamos al estreno.

Gala —¿Vos sos consciente que si no vas no hay más amistad?

Érica —Mañana no puedo ir. Es el cumpleaños de mi cuñado. Si no lo podés entender, es tu problema.

Gala —¿Vos te acordás esa vez que te presté plata? ¿O ya te olvidaste?

Érica —Sí, sí ¿Cómo podría olvidarlo si me lo recordás en cada charla?

Gala —(Sorprendida): ¿Vos creés que cualquier amiga te prestaría plata? ¿A vos?

Érica —Si mal no recuerdo la plata te la devolví.

Gala —No pasa por eso. Pasa porque yo estuve cuando vos me necesitaste.

Érica —Yo también estoy siempre que vos... (Es interrumpida)

Gala —¡Mentirosa! ¡Mañana te voy a necesitar y no vas a estar!

Érica —Me cierra el almacén, Gala.

Gala —¿Me estás echando otra vez?

Érica —Tomalo como quieras.

Gala —Pero mirá qué bien. Yo esto no lo puedo creer. No te da la cara. ¿Cómo podés ser tan egoísta?

Érica —(Le devuelve las entradas) Tomá. Que las use alguien que pueda ir.

Gala —Pero no, ridícula. Dejatelás para la semana que viene. Sirven igual. No tienen fechas.

Érica —Tampoco voy a ir la semana que viene.

Gala —(Horrorizada) ¿Qué?

Érica —¿Vos no me dijiste que querías que me sincere? Bueno. Me sincero: No nos gusta cómo actuás. No nos gustan tus obras de teatro. Nos parecés una pésima actriz. Si te fuimos a ver siempre fue por lástima. Porque estás sola. Porque no tenés más amigas que yo. Pero me hartaste.

Gala —(No encuentra palabras) Pero... Y la plata... ¿La plata que te presté?

Érica —¿Qué pasa con la plata que me prestaste?

Gala —No sé... Es que... Sos una desalmada. No tenés corazón.

Érica —Andate de una vez, Gala.

Gala —Está bien. Me voy. Pero por tu bien espero verte el fin de semana que viene en la segunda función.

Érica —No voy a ir. ¿No te queda claro?

Gala —Voy a hacer de cuenta que no dijiste nada. Quedate con las entradas. Después me las pagás.

Érica —(Agarra las entradas y las rompe) Después paso a pagarte los “cuarenta mil” pesos un día de estos.

Gala —(Se queda boquiabierta) ¿Cómo me podés hacer esto?

Érica —Te lo puedo hacer porque me pudrí. Y dedicáte a otra cosa. Sos malísima actuando. Ahora andate que tengo salir a comprar la lasaña para mi esposo. (Gala sale. Érica se siente a la mesa y siente un alivio maravilloso. Sonríe. Agarra el teléfono y manda un audio a su marido) Amor, ahora salgo a comprar todo. Se me hizo tarde. Acabás de perderte la mejor actuación de mi vida. A la noche te explico así me aplaudís de pie como corresponde. Te amo.

## El circo de las sonrisas falsas

Luciana

(Entra en escena Luciana nerviosa. Se dispone a enviar un mensaje a su madre)

Luciana —¡Hola, ma! Te mando audio por el tema del fin de año. ¿Viste que te dije que en estos días compraba el pasaje? Bueno... al final no lo terminé comprando. Y ya no hay más. Me dirás que soy una pelotuda que me dejé estar... Pero, no sé, una cosa llevó a la otra y no lo terminé comprando. Porque, bueno, en realidad muchas ganas de ir no tengo. Y siento que no lo terminé comprando por eso mismo. No ando con ánimos festivos. Sé que me dirás que hace medio año que no nos vemos, que soy una egoísta, que sólo pienso en mí, que no pienso en la felicidad de ustedes... pero... No sé, este año decidí hacer lo que realmente me nace hacer. Así que no compré el pasaje, y ya no hay más. Así que no voy. Sé que será extraño pasar las fiestas acá, sola, pero... siento que es algo que quiero experimentar. Es un proceso que quiero vivir. Lo necesito. Así que lo pasaré sola. Sin familia. Con Martín ya no estamos saliendo. Me olvidé de contarte. Ya van a hacer tres semanas. No terminamos mal, tampoco bien... Terminamos. No sé, sentí que el amor ya no estaba. No quería quedarme si ya no había amor. Prefiero estar sola. Si no va a ser real... que no sea. Sí, ya sé que me vas a decir que es una locura que me quede sola acá... sin pareja.... pero tengo a mis amigas. Ya quedé en pasarla con ellas. Sí, ya sé que te gustaba Martín... porque era trabajador, y ganaba bien... Pero bueno... Martín ya fue. No lo amo. Él sí me seguía amando... pero yo ya no. No está más en mi vida. Bueno, má... eso. En síntesis, no voy a ir. Avisale a papá y a la abuela.

Mandale besos. Eso. Que no voy. (Recordando): Serán mis primeras fiestas lejos de casa... Sí, me nace eso. Quiero vivir la experiencia. Sé que después de que me escuches llegará la catarata de audios: “Oh, cómo que no venís... Oh, cómo hacés sufrir a tu familia... Oh, cómo le hacés esto a tu padre, con lo enfermo que está... Oh, no te educamos para que seas así, por qué nos abandonaste y te fuiste tan lejos... Oh, porque no sos como tu hermano que me dio nietos y siempre está presente...” La misma cantaleta de víctima de mierda de siempre. Nada nuevo. Siempre tu sufrir es culpa de alguien, nunca es culpa tuya. Ya estoy acostumbrada. Siempre buscando hacerme sentir culpable por ser yo, por hacer lo que me nace. Si te querés ahorrar los audios me hacés un favor. Desde ya. Quizá ni los escuche. No sé. Total, ya sé lo que vas a decir. Y para sentirme culpable... conmigo misma sobra. (Silencio) En realidad, no sé para qué mierda te estoy enviando este audio... Quizá para sincerarme de una vez... Quizá para decirte que odio cada año pasar las fiestas con ustedes. Que no soporto a nadie. Que no soporto a mis primos que se creen más que nosotros, con sus autos cero kilómetros, sus casas en barrios privados... Mis primos que terminan decidiendo qué se come, dónde se come, cuánto se gasta... y uno termina comiéndose el puto huevo relleno de mierda en la casa de la tía... y que chin chin... y que el pionono relleno... y que el vittel toné... y que ¡feliz año nuevo!... y que la sonrisa armada por un futuro mejor... Todos simulando un amor que no sienten. Yo ya me harté. Me cansé de vivir en un mundo sin amor. Basta de chin, chin y chan, chan con familiares desconocidos. Porque son desconocidos. Sí, me crié con ellos, pero no los conozco, no me conocen, no sé quiénes son en realidad. Porque todo es falso. Porque todo es un puto circo. No quiero otra navidad con el cuerpo ahí y con la mente deseando estar de vuela sentada en el avión escapándome de la

familia de mierda que me tocó en suerte. Familia que nunca me aceptó como soy, que me sometió a ser quien no quiero ser. No los amo, no quiero estar con ustedes, no los soporto, prefiero estar sola. No pienso volver a verlos nunca más. Por mí pueden estar todos muertos que me da lo mismo. Déjenme en paz de una vez con sus demandas de mierda. Aquí me quedo, sola, en silencio, y en paz. Sigán con el circo de las sonrisas falsas, y los regalos ostentosos. Yo me abro. Hasta luego. Si te sirve, decíles a todos, que digo yo que se pueden ir bien a la recalcada concha de sus putas madres. Feliz navidad, y feliz año nuevo. Mátense. Saludos a la abuela.

## Un diálogo teatral de despedida

Matías —(Entrando a la sala de ensayo). Se me hizo tarde, perdón.

Augusto —(Entristecido) ¿Qué hacés, Mati?

Matías —¿Todo bien?

Augusto —Murió Jorge Sharry...

Matías —Sí, me enteré. Un bajón.

Augusto —No sé si puedo ensayar hoy...

Matías —Te entiendo. ¿Suspendemos?

Augusto —Sí, suspendamos. No tengo ánimo. Perdón.

Matías —¿Tomamos unos mates o nos vamos?

Augusto —Tomemos unos mates.

Matías —(Se saca la mochila y la cuelga en la silla). ¿Ya calentaste el agua?

Augusto —Sí, está todo para arrancarlo.

Matías —(Se pone a preparar todo para matear). Listo.

Augusto —Todavía no lo puedo creer.

Matías —¿Lo de Jorge?

Augusto —Sí. No lo puedo creer.

Matías —Me enteré por Ernesto.

Augusto —Me cayó como el orto la noticia.

Matías —No es para menos.

Augusto —Todavía siento su abrazo. Creo que lo voy a sentir mientras viva. (Matías escucha mientras ceba mates. Augusto sonriendo). Un sólo abrazo y fue para toda la vida. Había estrenado mi primera obra de teatro en Pergamino. Él estaba ahí, entre el público, en el estreno. (Se mete en el recuerdo) Termina la obra, terminan los aplausos. Me bajo del escenario a saludar a mis conocidos y él se me acerca entre la gente y me abraza. Me abraza, me comprime, me sostiene en el aire... y en ese abrazo sentí lo que esperé sentir toda la vida: La aceptación, el

reconocimiento... En ese abrazo sentí a un padre, a un mentor, a un referente... a un aliado. Sentí que alguien me abría las puertas de su casa, de su alma, de su arte... En abrazo sentí que me decía: “¡Estás listo! ¡Vení, pasá!” (Matías se larga a llorar. A Matías) Es duro cuando te toca un padre que no está capacitado para entender lo que te tocó ser en la vida... ¿No?

Matías —Compartimos la misma historia...

Augusto —Y de golpe el mundo te manda a otro padre y te dice: “Yo sí te entiendo. ¡Estás listo! ¡Vení, pasá!”.

Matías —Y vos pasaste.

Augusto —¿Y ahora cómo hago, Mati?

Matías —¿Qué cosa?

Augusto —¿Y ahora cómo hago para que sepa lo que significó ese abrazo para mí?

Matías —¿Realmente creés que hace falta?

Augusto —No, sé que no. Sólo necesitaba sacar esta angustia que me produjo su pérdida. Mati, perdimos a un aliado irremplazable.

Matías —Lo sé. No todos los días se pierde a alguien que descubrió en el teatro a una razón para estar vivo y lo llevó hasta el final.

Augusto —Me encantaría escribir unas palabras de despedida.

Matías —Lo estás haciendo ahora.

Augusto —(Se da cuenta. Sonríe). Es cierto. Un diálogo teatral de despedida.

Matías —Seguro le hubiese encantado.

Augusto —(Levantando el mate como si fuese una copa y mirando al cielo). Gracias Jorge. ¡Gracias por tu abrazo inmortal!